

Ignacio de Luzán

## Leandro y Hero

### Poema original:

Musa, tú que conoces  
los yerros, los delirios,  
los bienes y los males  
de los amantes finos,

dime quién fue Leandro,  
qué dios o qué maligno  
astro en las fieras ondas  
cortó a su vida el hilo.

Leandro, a quien mil veces  
los duros ejercicios  
del estadio ciñeron  
de rosas y de mirtos.

ya en la robusta lucha,  
ya con el fuerte disco,  
ya corriendo o nadando  
diestro, gallardo, invicto,

amaba a Hero divina,  
bellísimo prodigio  
sobre cuantas bellezas  
Sesto admiró y Abido.

Negro el cabello, ufano  
de naturales rizos,  
realzaba del cuello  
los cándidos armiños

Vióla Leandro un día  
en los cultos festivos  
que a Venus tributaban  
se Sesto los vecinos.

(Que era sacerdotisa  
del templo y sacrificio,

y aun emulaba en todo  
al sacro numen ciprio.)

Vióla el gran concurso  
de los solemnes ritos  
brillar, único asombro:  
vióla, y quedó perdido.

Y a la deidad del templo,  
con el nuevo, excesivo  
ardor que le abrasaba,  
frenético le dijo:

"Gran diosa de Citera,  
de Pafos y de Gnido,  
esta mortal belleza  
es tu traslado vivo.

Perdona, pues, si a ella  
tus mismos cultos rindo  
y si un traslado adoro  
equivoco contigo."

Oyó Venus sus voces,  
oyólas el dios niño,  
y decretaron ambos  
venganzas y castigos.

¿Tanto el enojo puede  
en animos divinos?  
¿Un lenguaje del alma  
ha de ser un delito?

Dígame el que conozca  
a Venus y a Cupido  
si es más cruel la madre  
o es más cruel el hijo.

Qué sé yo: cruel la madre,  
crüel y vengativo  
es el hijo, que ejerce  
tiránicos caprichos.

Miró tierno Leandro,  
habló amante, instó fino,  
ya mudo, ya elocuente,

con ojos y suspiros.

Oyóle Hero con pecho  
ya tímido, ya esquivo,  
mas poco a poco un fuego  
la entró por los sentidos:

un fuego que es veneno,  
un fuego que es martirio;  
si es martirio y veneno,  
¿Cómo es apetecido?

De una torre en la playa  
el murado recinto  
de esta sacerdotisa  
era albergue y retiro.

Allí, cautos, sus padres  
del concurso y bullicio  
este bello tesoro  
guardaban escondido.

Mas contra amor, ¿qué muro  
será seguro asilo  
si todo lo penetran  
sus vencedores tiros?

Leandro enamorado,  
resuelto y atrevido,  
los rellanos allana,  
desprecia los peligros.

Pasar nadando ofrece  
del uno al otro sitio,  
prometiando himeneos  
nocturnos y furtivos

El joven en la playa,  
arrojando el vestido,  
a las ondas entrega  
con intrépido brío,

y alternando de brazos  
y pies el ejercicio,  
ágil y diestro rompe  
el ímpetu marino

Fuese el favor del numen  
o fuese el norte fijo  
del farol, que ya cerca  
vio arder con grato auspicio,

o fuese amor, que suele  
con prósperos principios  
atraer los amantes  
a infaustos precipicios,

Cobrando nuevo aliento  
a esfuerzos repetidos,  
afierra de la arena  
el suelo movedizo.

Allí a guardarle sola  
su fina esposa vino,  
y al verle tiembla toda  
de susto y regocijo.

"Ven, esposo - le dice -,  
llega a los brazos míos;  
para exponerte tanto,  
¿cómo ha de haber motivo?

Amor venció tan duro  
insólito camino.  
¿Cómo vienes? ¿Qué numen  
tu conductor ha sido?"

Así diciendo, enjuga  
los restos del rocío  
salobre que del cuerpo  
corrían hilo a hilo,

y a la torre le guía,  
aliviando el prolijo  
afán con officiosos  
brazos entretrejos.

Entretanto Himeneo,  
volando en torno, el vivo  
sagrado fuego enciende  
de sus nupciales pinos.

Pero antes que saliese

el astro matutino,  
ya volvía Leandro  
a su confín nativo.

Así todas las noches  
por el silencio amigo  
iba nadando a Sesto,  
centro de sus cariños

En fin, salió una aurora  
con ceño y desaliño;  
siguióse triste día  
en tenebroso Olimpo.

La noche añadió horrores,  
y para más cumplirlos  
dio licencia a los vientos  
Éolo, su caudillo

Leandro, en tanto, triste,  
anhelaba ver tranquilo  
el mar, y ya calmados  
los vientos enemigos.

Pero al fin, impaciente,  
cediendo a su destino,  
fuese a la playa, y de esta  
manera habló consigo:

"Corazón, ¿qué te espanta?  
¿Qué importará que, tibios,  
huyamos de una muerte  
si de otra morimos?"

Dijo, y de su arrestado  
amante desvarío  
impelido, se arroja  
al mar embravecido.

Y a pesar de su furia,  
contra los torbellinos  
lucha con fuerte brazo  
por no poco distrito.

Pero ya se redoblan  
del Aquilón los silbos,

levanta el mar sus olas,  
aumenta sus bramidos.

¡Ay, mísero Leandro,  
ya con dolor te miro  
contiguo a las estrellas  
y al Tártaro contiguo!

Agotadas las fuerzas,  
sin aliento, sin tino,  
y del farol amado  
el claro norte extinto,

viendo por todas partes  
presente a los sentidos  
de la pálida muerte  
el bárbaro cuchillo,

a las ondas se vuelve  
trémulo y semivivo,  
hallar piedad pensando  
donde nunca la ha habido:

"Ondas, si darme muerte  
es decreto preciso,  
no a la ida, a la vuelta  
matadme a vuestro arbitrio."

Las crueles ondas niegan  
al ruego oídos  
y le sepultan dentro  
de su profundo abismo.

Entonces, exhalando  
el último suspiro,  
tres veces a Hero llama  
con lamentable grito.

Viole el Alba otro día  
cuando dejaba al Indo  
y tuvo horror del triste  
espectáculo indigno

Al pie de la alta torre  
del mismo mar traído  
yacía el infelice

yerto cadáver frío

Cual suele quedar mustio  
cárdeno hermoso lirio  
si le arrancó el arado  
o deshojó el granizo

Viole Hero y de la torre  
se arroja sobre el mismo  
cadáver y allí logra  
en la muerte el alivio

Así tuvieron ambos  
igual fin indiviso  
viéndose en vida y muerte  
Hero y Leandro unidos

Es fama que lloraron  
de Sesto los sombríos  
bosques y que se oían  
mil veces los gemidos

Y al huésped extranjero  
llorando compasivo  
cantaba el triste caso  
el morador de Abido

Y hasta en lejanos climas  
con flebil tierno estilo  
el trágico suceso  
cantaba el peregrino.